

La Universidad de Oriente: 70 años de crítica y compromiso social¹

The Universidad de Oriente: 70 years of criticism and social commitment

Dr. C. Hebert Ramiro Pérez Concepción

Ante todo, quiero agradecer a la Rectora de la Universidad de Oriente, la Doctora Martha del Carmen Mesa Valenciano, por el honor de haberme solicitado el capítulo inaugural de esta Convención, y por el tema que me pidió abordar: “La Universidad de Oriente: 70 años de crítica y compromiso social”.

Para mí el tema –así, sencillamente expresado, sin censura previa– es agradable sorpresa y señal de que la Universidad de Oriente, a la cual le he consagrado más de 53 años de vida laboral, será fiel continuadora del camino emprendido por sus fundadores, quienes, a su vez, estuvieron inspirados por nuestros grandes próceres de varias generaciones de lucha por la libertad y bienestar de la patria, así como también por lo mejor del pensamiento progresista de la humanidad.

El tema podría ser fuente de controversias. No faltarán en nuestro medio, los que precluyen la crítica del compromiso social, y no aceptan la conexión entre los dos conceptos en términos de igualdad, como sugiere la conjunción copulativa “y” en el título.

¹ Capítulo inaugural en la Convención Internacional de Ciencias Sociales, Santiago de Cuba, mayo 2017.

Tampoco deja de ser una provocación al pensamiento libre y saludo la oportunidad de discurrir sobre el mismo, sobre todo porque nos ha llegado sin condicionamientos. Luego, solo serán nuestros los errores factuales o de enfoque que pudiéramos cometer.

De la “crítica y el compromiso” social es hija la Universidad de Oriente. Es una verdad que se manifiesta desde sus más remotos antecedentes en la época colonial, a principios del siglo XVIII, cuando al fundarse el Seminario San Basilio Magno en Santiago de Cuba para formar sacerdotes se inicia una oposición dinámica entre la metrópoli colonial y la oligarquía criolla, representante esta última de la nación en ciernes, empeñada en adquirir conocimientos de ciencia, tecnología y pensamiento para proyectarse hacia la vida moderna.

Este es un fenómeno que se repitió durante el siglo XIX, reflejado en aquella y en otras instituciones educativas, tales como el afamado Colegio Santiago, fundado en 1879 y cerrado en 1886. El resultado fue que la metrópoli no permitió la fundación de una universidad en Santiago de Cuba que pudiera, como la de La Habana, convertirse en crítica del régimen colonial y comprometerse con los intereses de la patria. Según se expresa en el libro *Universidad de Oriente. Ciencia y Conciencia*, la desaparición por las guerras de independencia de

[..] la burguesía ilustrada criolla provincial que dio pedagogos tan prominentes como Juan Bautista Sagarra y elevó la ciudad a planos superiores de instrucción es una razón más para explicar el por qué se postergó la fundación de la Universidad en la región oriental (Colectivo de autores, [s.f.], p. 26).

En la Cuba neocolonial del siglo XX la burguesía progresista y una intelectualidad de izquierda buscaron impulsar el desarrollo cultural en diversas instituciones. El dominicano Max Henríquez

Ureña, domiciliado en Santiago de Cuba, en 1915 funda la Academia Domingo del Monte, dedicada a estudios superiores de Lenguaje y Literatura, con unos 50 alumnos, en su mayoría profesores de enseñanza primaria. El curso comenzó en noviembre de 1915 y concluyó en junio del año siguiente. En 1922 el noble dominicano llevó a cabo otro intento, fundando la Escuela Libre de Derecho González Lanuza, que tuvo como objetivo preparar a alumnos residentes en la provincia de Oriente para luego realizar sus exámenes en la capital. La escuela funcionó durante dos cursos entre 1922 y 1924.

En la lucha contra el régimen tiránico de Machado (1925-1933) fueron muchos los jóvenes santiagueros que empeñaron sus esfuerzos para derrocarlo. Algunos eran estudiantes en la Universidad de La Habana, la única del país. Entre los supervivientes un grupo de filiación de izquierda pudo terminar sus estudios después de la caída del régimen y se establecieron en sus profesiones en Santiago, sobre todo una vez que se estatuye el período constitucional de la República con la Constitución aprobada en 1940.

En ese tiempo ha madurado un proyecto de universidad en Santiago, y hacia 1946 crean un Comité Gestor que incorpora diversas fuerzas vivas de la sociedad y moviliza al pueblo detrás de la consigna “Una universidad para Santiago”. Con el nombre de *Universidad de Oriente Antonio Maceo Grajales*, esta se funda el 10 de octubre de 1947, significativamente en el aniversario 79 del inicio de nuestras guerras de independencia. Dos años más tarde, el 22 de marzo de 1949, tras fuerte lucha entre los partidarios de una universidad privada y los que la querían pública, la Universidad se oficializó y se incluyó en el presupuesto de la nación. La Universidad será autónoma, pública y democrática. Su lema: *Ciencia y Conciencia*, que es como decir “crítica y con compromiso social”.

Crítica y compromiso social se unieron estrechamente en los primeros años de la Universidad. Fueron los años fundacionales, pero se marchaba con el paso firme y seguro que daba el conocimiento y la experiencia, pues sus fundadores fueron hombres dados al estudio y reflexión y a la acción política y social sobre las realidades del país al que querían ser útiles.

Al principio fueron unas pocas las carreras y apenas unas decenas de alumnos, pero había una idea clara de la misión del nuevo centro de estudio que compartían profesores y estudiantes: ayudar a la provincia y al país. El Doctor José Antonio Portuondo, quien se integró al claustro en 1952, y compartió el trabajo en Extensión Universitaria, recordará años después: “Todos sentíamos que estábamos haciendo en la Universidad un trabajo que no era exclusivamente para Santiago, ni para Oriente, era para Cuba” (Castro Herrera y Ortega Rodríguez, 2011, p. 24).

En aquella Universidad se identificaban los problemas del país y se les buscaba remedio. La crítica a las manquedades estaba implícita en las innovaciones y las nuevas concepciones. Se buscaba vincular a la Universidad con la producción, se cambiaban de raíz los viejos métodos, existía preocupación por el desarrollo económico de la provincia, se volcaba hacia fuera el alto centro docente, tanto en la vida cultural como en la económica y social y, al contrario de la Universidad de La Habana, se contrataban profesores extranjeros, siendo el mayor contingente un grupo de republicanos españoles exiliados.

En el caso de los pedagogos, constituye un reconocimiento de su útil obra pionera en la Universidad de Oriente que al triunfar la Revolución –que es la expresión suprema de crítica y compromiso social– se incorporaron muchos de ellos al trabajo nacional. Sobre los pedagogos de la Universidad de Oriente expresará Portuondo que, “[...] la Revolución se trajo a La

Habana a casi todo ese grupo dirigente de la Universidad para organizar o reorganizar, mejor dicho, la educación revolucionaria” (José Antonio Portuondo, 2011, p. 20).

El golpe de estado de Batista el 10 de marzo de 1952 encontrará a alumnos y profesores comprometidos con la defensa de los órdenes constitucionales y resueltos a combatir la asonada militar. Ese día los estudiantes fueron al parque Céspedes en manifestación de protesta, y luego al Cuartel Moncada, que aún no se había plegado al golpe, a pedir armas para luchar contra Batista. Y tanto el Consejo Universitario, el claustro de profesores y el estudiantado se pronunciaron en un documento “contra la sedición militar que se dice perpetrada en la Ciudad de La Habana” (Agüero Prieto, [s.f.], p. 167) que puso fin al débil interregno de democracia electoral en el país y a la Constitución del 40.

Entre los profesores solo uno se negó a firmar el documento de repudio al golpe. Meses después, tras fuerte exigencia del estudiantado a este profesor no se le renovarían el contrato por “[...] considerarlo contrario a los principios estatuidos por la Universidad y no haber cumplido con sus normas éticas y cívicas, ya que se había negado a firmar el documento de repudio a la dictadura, emitido el propio 10 de marzo por la institución” (Agüero Prieto, [s.f.], p. 19).

Con el golpe de estado se abría una nueva etapa en la vida de la Universidad. Cada día que pasaba el estudiantado se radicalizaba más. A las protestas y manifestaciones, la dictadura respondía con mano dura; a más represión, mayores y más frecuentes se hacían las protestas y manifestaciones. El asalto al Cuartel Moncada por los revolucionarios dirigidos por el Dr. Fidel Castro Ruz el 26 de julio de 1953, poco más de un año después, señaló un camino, una estrategia, y destacó un liderazgo. La Revolución se organiza y el día del recuento se acerca.

Es la crítica de las armas a un régimen espurio y criminal, y los estudiantes santiagueros serán actores fundamentales².

En la Universidad de Oriente ve el régimen ilegítimo de Batista un enemigo y reacciona contra la institución. En consonancia con medios de información de la potencia imperial del Norte, desata contra el alto centro de estudios una ofensiva; la acusa, estar infiltrada por el comunismo internacional. Entre estudiantes y profesores crece la conciencia de la colusión del régimen con los intereses imperiales. Las acciones de la universidad son, a la vez, patrióticas, contra la dictadura y antimperialistas. Así con la celebración del centenario del nacimiento de Martí, el simposio por el proyectado Canal vía Cuba, los textos de los documentos que emanan del estudiantado.

En las aulas, con aliento de algunos profesores, están los estudiantes revolucionarios que aprenden de política, se adiestran en la lucha clandestina y se preparan como jefes. Allí combatientes como Frank y Josué País, Pepito Tey, Jorge Ibarra, Vilma Espín, Belarmino Castilla Mas y muchos más que en la revolución triunfante los supervivientes serán cuadros del Gobierno y de las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

² El estudiante Carlos de Agüero, quien ingresara en la Facultad de Derecho en 1954, escribe en 2010 sobre la politización del estudiantado: “Para nosotros los estudiantes, luego del 10 de marzo la lucha adquirió un claro matiz político, se fue radicalizando y llegaría ser claramente una lucha revolucionaria, fácilmente apreciable, sobre todo luego de los sucesos del 26 de julio de 1953, cuando Fidel Castro, seguido por los Jóvenes del Centenario, asaltaron los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes, iniciando la lucha armada contra la tiranía batistiana. Los crímenes cometidos por los esbirros batistianos con los prisioneros hechos después de terminadas las acciones combativas de aquel 26 de julio, conmovieron la conciencia de la ciudadanía y en particular las de los estudiantes que nos vimos convertidos en perennes denunciadores de los asesinos” (Agüero Prieto, [s.f.], p. 52).

Margarita Hernández, Neris Rodríguez, Philippe Meers

El 1 de enero de 1959 triunfó la Revolución, y con el Ejército Rebelde bajaron de sus bases en las montañas y los llanos antiguos estudiantes de la Universidad de Oriente –hembras y varones– y algunos profesores.

El día 3 de enero, el primer gobierno de la Revolución se constituye en la biblioteca de la Universidad de Oriente. Las autoridades universitarias pretenden restablecer el viejo ritmo, propio de una escuela dedicada solo al estudio y la meditación. Pero los cambios prometidos por la Revolución, que comienzan a hacerse realidad, y la rapidez de los acontecimientos, las acciones violentas de la reacción interna y el vecino imperial, que no admiten la soberanía de Cuba, no dejan lugar para el reposo.

La lucha de clases e ideológica adopta nuevas formas. En la Universidad, la organización de los estudiantes (Federación de Estudiantes Universitarios de Oriente (FEU-O)), toma las iniciativas y logra el cogobierno. En cuestiones políticas, no tiene rivales, y en lo esencial lidera el proceso de depuraciones. En el claustro de profesores y entre el estudiantado aparecen fracturas. Muchos, inconformes con el nuevo orden de cosas e inseguros del futuro, por iniciativa propia dejan la Universidad y marchan al extranjero, justificando con esta acción el proceso de depuraciones.

En octubre de 1959 surge la milicia universitaria. Es un símbolo de identificación: con o contra la Revolución. Vienen la invasión de Playa Girón en abril de 1961 y la Crisis de los Cohetes en octubre del 62, dos hechos que presagian intervención directa de las fuerzas armadas de los Estados Unidos, amenaza que se ha mantenido latente hasta nuestros días.

En medio de movilizaciones al trabajo voluntario, de preparación militar, con los recursos escaseando, los estudiantes también estudian, terminan sus cursos y hacen los exámenes.

Todo es posible con el entusiasmo de la juventud oriental, con la certidumbre de que tienen la razón, de que Cuba vive una nueva era. La dirección nacional, con Fidel al frente, interpreta los acontecimientos nacionales e internacionales, orienta e impulsa. Dondequiera que se encuentran dos o más universitarios, espontánea e informalmente se establece un círculo de estudio político.

Y son cada vez más los alumnos: la matrícula universitaria crece por lo mismo que se extiende la revolución educacional en todo el país y son muchos más los que se gradúan de los planteles preuniversitarios antiguos y los recién creados. Algunos, sin suficientes estudios en la enseñanza media, ingresan a la Universidad en exámenes especiales o por cursos preparatorios; se construyen edificios de becados para que puedan estudiar los de escasos recursos o residen lejos de Santiago; se abren nuevas carreras. Los profesores no alcanzan y se habilitan alumnos ayudantes; los recién graduados asumen la enseñanza de asignaturas, así como la dirección de carreras, y hasta de decanatos y muy pronto otros cargos superiores.

No es único el periplo de un graduado en 1964 con 23 años de edad, que asume como decano en 1970, vicerrector en 1971, y rector en 1976, a los 35 años de edad, cargo que ocupará por más de dos décadas. Por las distintas áreas se ven los profesionales extranjeros de espíritu rebelde y crítico —de México, Colombia, Panamá, Francia, Chile, Estados Unidos, Italia, Argentina, etc.—, atraídos a esta tierra por solidaridad y el deseo de conocer de primera mano una Revolución en acción.

La institucionalización de las relaciones educacionales, culturales y científicas con la Unión Soviética y el campo socialista permitirá una extraordinaria expansión en todo sentido de las universidades, la nuestra en particular. En vísperas de la creación en Cuba del Ministerio de Educación Superior (Mes) en 1976, la Universidad de Oriente tenía una matrícula de 8491 estudiantes,

y en la antigua provincia de Oriente se habían fundado otras siete universidades con el apoyo de la nuestra. Este proceso de crecimiento y desarrollo de la educación superior en Oriente no se ha detenido nunca hasta el día de hoy, aun en los peores momentos del período especial en la década del 90 del siglo pasado. Así, en este curso, la Universidad tiene 62 carreras y 2111 profesores, para una matrícula de 14 379 alumnos de pregrado, en sus variantes de regular diurno, por encuentros y a distancia. En la cifra no están incluidos los cursos de posgrado ni los matriculados en el Instituto Superior de Ciencias Médicas.

Por miles se cuentan los estudiantes extranjeros, llegados desde todos los continentes, que han estudiado las más diversas carreras en sus aulas. Porque si en sus 70 años de existencia la Universidad ha estado comprometida con la justicia, el desarrollo y la felicidad de la comunidad más cercana que le rodea –Santiago y la antigua provincia de Oriente– también ha aprendido con Martí que “Patria es humanidad”. Y esto, compañeros, no es mera retórica. Es ciencia que nos ha llegado como herencia de la más rigurosa crítica histórica de nuestros grandes pensadores y de la azarosa vida de nuestra nación en los dos últimos siglos. Por el estudio y la experiencia sabemos que la justicia es indivisible, que lo que perjudica a una parte de la humanidad a todos nos hace daño; y que los éxitos de unos hermanos oprimidos –aún los que vivan en los lugares más remotos– constituyen victoria de todos.

Pero flaco favor haríamos a la Patria si pensáramos que la crítica es solo para aplicar al pasado colonial o neocolonial, y que por compromiso con un nuevo orden –más justo que cuantos le han antecedido– debamos tratarle como si hubiésemos llegado al fin de la historia.

Crítica y compromiso social, ¡los seguiremos necesitando! Y tan cierto es esto como que la historia no se detiene jamás y

porque, lamentablemente, muchas veces lo que debe cambiarse sobrevive con envolturas nuevas. “Los pueblos –escribió Martí–han de vivir criticándose, porque la crítica es salud” (Martí, 1963, p. 21).

Pero la crítica no es cosa que se pueda condicionar en la universidad, porque los acondicionamientos anulan su esencia que es ser laboratorio de ciencia, de pensamiento, del uso de la razón.

Criticar es término rico en acepciones. Criticar es a) hallar falta, culpar, desaprobando; es b) ejercer el criterio, aprobando o desaprobando lo criticado; es evaluar y analizar con conocimiento y propiedad; es c) crear un modelo u obra superior al criticado; es superar de forma práctica.

Se entiende que por ser la más elemental o primaria, la primera de estas tres definiciones pueda crear más oportunidades al subjetivismo y al abuso del término. Pero cuidémonos de no rechazarlo *a priori*, porque puede constituir útil herramienta para señalar un camino a explorar. Y mucho menos caigamos en la tentación de descalificar toda crítica, hasta las más serias, responsables y elaboradas, tildándola de obra del enemigo. Al menos, las críticas injustas –intencionalmente o no– nos ayudan a perfilar nuestras propias ideas y a desarrollar habilidades de debate y defensa, y no pasar el bochorno de tener que acudir a instancias superiores para salvarnos de nuestra incuria, o peor aún, pasar a una prohibición innecesaria y contraproducente.

Sin la crítica ¿cómo podríamos descubrir el contenido concreto de la definición de Revolución por Fidel: “cambiar lo que necesita ser cambiado”. ¿Cómo llegar a “la convicción profunda de que no existe fuerza en el mundo capaz de aplastar la fuerza de la verdad y las ideas”? La Universidad de Oriente ha tenido su “quinquenio gris”, sus injusticias y sus errores. Hoy no se

advierte una intención de olvidarlo, y sobre ellos se suceden los testimonios. En uno, un dirigente estudiantil de principios de la Revolución afirma sobre las depuraciones de 1959:

Nosotros nos fuimos en muchos casos de la mano [...]. Era lo único que sabíamos hacer en aquella época, reaccionamos con violencia y empezamos a depurar. [No lográbamos] diferenciar a veces el adecuado tratamiento a cada problema de una forma política (Palacios Hernández, 1999).

Otro dirigente estudiantil, al referirse al proceso de depuración de estudiantes en 1965-66, expresó: “Juzgamos a elementos apáticos y homosexuales”. En un trabajo de diploma, la autora (Manso Pérez, 1999) resume su investigación sobre el Proceso de Profundización y Elevación de la Conciencia Revolucionaria de 1980 con estas palabras: “Además, debido al momento histórico concreto no eran aceptados los problemas de homosexuales ni religiosos, porque esto constituía otra de las tendencias negativas que se juzgó o sometió a análisis en esta etapa”.

En ese mismo trabajo se citan las siguientes palabras de un dirigente de la Universidad: “Existían profesores que a lo mejor estaban muy bien preparados científicamente pero en el plano político-ideológico no estaban preparados para formar un estudiante universitario” (Manso Pérez, 1999, pp. 42-42). En realidad, la preocupación por los “profesores muy bien preparados científicamente” parece ser una constante de la época. Como lo era la preocupación por los alumnos calificados de “autosuficientes”. Es un tema para meditar.

Otro momento de la historia de la Universidad muy recordado es el referido a las asambleas convocadas por el Proceso de Democratización de 1970. En un trabajo de diploma de Historia se expresa:

Con respecto a algunos de los estudiantes involucrados se les planteó la posibilidad de ganarse con su esfuerzo, con su trabajo y dedicación el derecho a continuar sus estudios universitarios. Finalmente algunos de ellos fueron enviados a una granja de trabajo en Palma Soriano, con el objetivo de vincularles a la producción agrícola (Manso Pérez, 1999, p. 19).

Justo es reconocer que los excesos han sido superados y la Universidad de Oriente marcha al compás del país, con una visión más justa y equilibrada de la convivencia de todos los cubanos. Pero también se debe reconocer que no poco de lo avanzado se debe al legado de crítica y compromiso social de este alto centro docente, que nunca ha dejado de ejercitarse y de enfrentarse en cada momento a toda injusticia. Es una historia que se debe rescatar, que se debe investigar críticamente y que se puede mostrar sin temor alguno.

Hace 10 años, en un homenaje a Ricardo Repilado, destacado trabajador y profesor de esta universidad, escribí esto, que pienso aún tiene validez, por él y por la Universidad:

Creo que debemos aprovechar este momento para pedirle a la Universidad de Oriente que sacuda su vergonzosa herencia y que reconozca en Ricardo Repilado a uno de sus trabajadores más notables, a quien puede mostrar con orgullo. No por él, que no lo necesitó en lo que le quedó de vida, pues encontró en la familia de la Unión de Escritores y Artistas de Santiago acogida de hermano, y desde la quietud de su casa se proyectó al reconocimiento nacional, sino por la Universidad misma, por su imagen ante el mundo y por la necesidad de afirmar en sus predios, cada vez que haya ocasión, el espíritu de justicia y libertad. Hagamos que la próxima jornada repiladeana se celebre en ese recinto de saber, con la asistencia de todas las

Margarita Hernández, Neris Rodríguez, Philippe Meers

altas autoridades, y que la vida y obra de Repilado sea tema de una tesis de maestría o doctorado de uno de nuestros estudiantes más capaces (Pérez Concepción, 2007).

Compañeros, en Cuba todavía el compromiso de la universidad con la patria implica la decisión de defenderla con nuestras vidas si fuera necesario; todavía debemos emular a los que hicieron los mayores sacrificios, y a los que lo siguen haciendo. Pero al sostener en alto esos ejemplos, no podemos olvidar la particularidad, la esencia de la universidad que es la unión entre estos dos conceptos: crítica y compromiso social, recogido en nuestro lema con otras palabras: ciencia y conciencia.

Eso es lo que hicieron nuestros mártires universitarios, que fueron excelentes alumnos; lo que hicieron nuestros héroes de la independencia: Céspedes, Agramonte y Martí, que se destacaron como intelectuales; es el ejemplo de Fidel de nunca dejar de estudiar en toda su larga vida. Es lo que hizo el padre Félix Varela, de cuyo magisterio fundador del pensamiento en Cuba escribió un estudioso de su obra: “El magisterio de Varela se traduce en la formación de un grupo de hombres insignes que alcanzan preeminencia en distintos ramos de nuestra cultura y que tienen como misión primera llevar a su término la obra crítica y demolidora iniciada por el maestro, a la vez que fundar el predominio de las ciencias” (Lizaso, [s.f.], p. 14).

Por su actualidad, y porque funde con singular maestría la crítica y el compromiso social, permítanme terminar con las palabras de un gran cubano, heredero del pensamiento de Varela: el patriota, educador y filósofo Enrique José Varona, en discurso leído en la Universidad de La Habana en 1903:

Para su provecho y para su bien, queremos que salgan de aquí hombres fuertes y activos, peritos en las profesiones de mayor utilidad y necesidad, bien provistos de ideas

generales, con una amplia visión mental del mundo de la naturaleza y del mundo del arte, con la firme resolución de resistir al mal y a la injusticia y el carácter templado para ese arduo empeño, con el corazón encendido en el amor a la patria y en el anhelo del bien de la humanidad. Hombres, en una palabra, de pensamiento y acción, hombres para sí y para los demás, capaces de adelantarse solos, en un momento dado, para resistir al más rudo choque; pero sintiendo en lo íntimo que no pueden estar aislados, y que ese combate singular tiene por objeto, que lo ennoblece, la salud y el perfeccionamiento de sus semejantes (Varona, [s.f.], pp. 90-91).

Referencias bibliográficas

- AGÜERO PRIETO, C. R. DE (s.f.). La Universidad de Oriente al pueblo de Cuba. En *Apuntes para una Historia de la Facultad de Derecho de la Universidad de Oriente*, inédito.
- CASTRO HERRERA, N. Y ORTEGA RODRÍGUEZ, A. (2011). José Antonio Portuondo: Siempre mi Universidad. En *José Antonio Portuondo. Magisterio y heroísmo intelectual*. Santiago de Cuba: Ediciones Santiago.
- COLECTIVO DE AUTORES. (s.f.). [s.l.], [s.f.].
- LIZASO, F. (s.f.). Presentación. En *El Pensamiento vivo de Varona*. s/l, s/f.
- MANSO PÉREZ, A. (1999). *Apuntes para la historia de la fundación y desarrollo del PCC en la Universidad de Oriente (1967-1999)*. (tesis de diploma). Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, Cuba.
- MARTÍ, J. (1963). Nuestra América. En *Obras Completas*. (tomo 6, pp. 21). La Habana: Editorial Nacional de Cuba.
- PALACIOS HERNÁNDEZ, B. S. (1999). *Historia de la fundación y desarrollo de la Federación Estudiantil Universitaria*

Margarita Hernández, Neris Rodríguez, Philippe Meers

de Oriente (1948-1998).(tesis de diploma). Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, Cuba.

PÉREZ CONCEPCIÓN, H. R. (2007). Ricardo Repilado. Santiago de Cuba, inédito.

PORTUONDO, J. A. (2011). Siempre mi Universidad. En *José Antonio Portuondo. Magisterio y heroísmo intelectual*. Santiago de Cuba: Ediciones Santiago.

VARONA, E. J. (s.f.). *El pensamiento vivo de Varona*. s.l., s.f.